

AÑO XXVI — TOMO C

MERIDA, YUCATAN, MEXICO, DOMINGO 8 DE ABRIL DE 1951

NUMERO 8864

Cuento dominical

¡QUÉ HOMBRE!

Por GABRIEL PAZ

En los remotos tiempos en que yo creía en el amor, todos mis ideales los compartía con mi prima Margarita. También ella tenía fe en las bellas leyendas con las que el hombre trata inútilmente de engañarse, ocultando lo mucho que afea la vida. En nuestra infancia hablamos de hadas, Reyes Magos y cigüeñas como de cosas reales y en nuestra juventud del amor, la libertad y la patria como de verdades indubiables.

Cursábamos entonces el bachillerato en un vetusto instituto que parecía convento. Sus oscuros corredores hubieran sido propios para moradas de fantasmas si la algarabía juvenil no hubiera espantado al alma en pena menos exigente que por allí hubiera arrastrado sus cadenas.

Recuerdo que un día el profesor de literatura, felicitó muy efusivamente a mi prima por un comentario escrito sobre uno de los cuadros más bellos del Museo del Prado: "La Rendición de Breda". Hasta los alumnos más distraídos prestaban atención a su lectura y, cuando el catedrático preguntó a Margarita por qué no se consagraba a las letras, todos creímos acertado que ella contestara: "Esa es mi única ambición". Pero no fue así. Margarita sonrió y exclamó:

—Es muy difícil alcanzar el éxito, hace falta suerte, dinero, relacionarse con poderosos... yo carezco de todo eso... Además—añadió ruborizándose—cuando acabe este curso, me casaré—comentó el profesor sonriendo—, el amor ha llegado y ha vencido a todo lo demás. Es lógico que su juventud la haga creer en el amor y yo lo deseo que siempre sea así.

Como a profecía me sonaron aquellas palabras que nunca conseguí olvidar. Igual impresión debieron de causar en el ánimo de Margarita, pues su semblante entristecido así lo delataba. Pero todos a una la felicitamos por su noticia y la sonrisa volvió luminosa y absoluta a su rostro.

El día de su boda fué de fiesta para casi todos sus condiscípulos y entre nosotros, el viejo profesor se tomó la libertad de aventurar algún chiste inofensivo.

La novia, como debe de ser con todas las novias, estaba hermosa aquel día y sentíase en el comienzo de una felicidad total. ¡Triste es que el final de la misma se halle tan cercano al principio! El novio, como es el caso de todos los novios, parecía nervioso, era un buen mozo, de agradable semblante y maneras amables y estaba ansioso porque todo aquello acabara. Alguien, creo que el profesor, se atrevió a murmurar:

—No es más que un bello ejemplar de la especie humana. Margarita se fué para siempre de nuestra capital. Visitar nuevas tierras aumentaba el encanto que creía ver en la vida que estrenaba, renovando paisajes ella decía que aumentaba su amor y su dicha, como si en cada lugar todo lo bueno empezara con el ímpetu de un primer momento.

De esa nueva vida de Margarita no supe más que lo que me dijeron sus cartas. En ellas me hablaba de los productivos negocios de su esposo, de los árboles de su jardín, de las costumbres de aquellas gentes que iba conociendo, de los libros que leía... pero jamás mencionó la palabra fe, ni su contraria, ni tampoco una frase que se refiriera a su vida interior.

En cuanto a mí, los años me trajeron tantas novedades que de la vida muy pronto conocí la mentira y, como hice con la fábula de los Reyes Magos, relevé el cuento del amor a la categoría de invención falsa. ¿Le habría ocurrido lo mismo a Margarita?

Mi sed de aventuras me hizo cambiar de horizontes y un día llegué a la ciudad donde vivía mi prima. Fué una gran alegría para ambos volver a vernos. Nuestra presencia, a pesar del cambio que nos había impuesto el tiempo, evocó en nosotros el querido recuerdo de los días pasados, cargados de ilusiones y creencias que, al partir, fueron dejándonos vacíos inmensos. Unas lágrimas empañaron sus ojos y otras idénticas nublaron los míos. El marido de Margarita me saludó correctamente y me obligó a que me hospedara en su casa. Y así lo hice,

(Pasa a la 4ª plana, 6ª columna)

Desde la metrópoli

PLATICAS DOMINICALES

Por RODOLFO NAVARRETE TAPPAN

YAYA revuelo que ha armado, en los centros artísticos capitalinos, la actitud gallarda, atrevida, de los componentes de la "Academia Cinematográfica Yucateca". Y digo atrevida, a conciencia de lo que el vocablo significa y porque éste y no otro es el adjetivo que se merece ese grupo de artistas en embrión que, guiados, los que lo forman, por el irresistible ímpetu de las candideces y el estímulo inigualable del aplauso, han conseguido como aficionados invadir terrenos que para sí quisieran los profesionales; mostrarse al público y a la crítica en sus primeros pasos, entregándose a él desde el primer momento. El caso es que el caso de sus múltiples defectos, propios de la inexpertencia, a fin de que ese público, su mejor juez, con sus aplausos los vaya formando y con sus críticas induciendo al camino a seguir, camino escabroso, más difícil que ninguno, ya que está sembrado de innumerables dificultades y que, al para el profesional sus espinosas, más lo son para los que guiados solamente por su afición no paran mientes en aprestarse valientes a la lucha, sin miedo al fracaso, con una sola mira, la del triunfo que de seguro les espera...

Y si esta actitud de los principiantes provincianos ha causado la admiración de los viejos lobos de la escena, estupefacción manifiesta ha despertado la conducta de los industriales de la patria chica, que sin miramientos a sus intereses, han brindado un franco apoyo a ese grupo de soñadores, miembros distinguidos de la bohemia artística

provinciana. Puedo vanagloriarme de ser, entre los viejos artistas, uno de los muchos que más mundo ha recorrido y de aterrorar un cúmulo de experiencia adquirida tanto en momentos de alegría, otros tantos de tristezas, que no es otra cosa lo que el alma del artista va guardando con sus triunfos y fracasos. Me creo —y perdón por la inmodestia—, si no capacitado, si por lo menos autorizado a emitir mi opinión franca y sincera respecto a ese grupo de artistas que, animados, se lanzan a la conquista de la fama, sin más armas para el triunfo, que su vocación, y eso que una vez más digo es indispensable tener para lograrlo: ¡sangre de artista en las venas!

Si alguna vez vienes a México, y tus deseos son conocer de cerca nuestra vida, para lograrlo, no tendrías más que ordenar al primer carro que venga entre las brumas, que te conduzca a la esquina de Artes y Altamirano, lugar preciso en que se encuentran nuestra flamante Asociación. El ir y venir de artistas de todas clases y categorías, será para ti un espectáculo desconocido, a la par que ameno y sin duda interesante. Verás caras conocidas y todos, desde el más humilde extra, hasta las figuras que en más de una ocasión te han divertido, sabrán tenderte la mano y agasajarte como sin dudarlos te mereces. Pues allí entre ese maracá que de fijo te marearía, fué en donde se armó el revuelo de que te hablo, al copo de nieve y plata que se retrata.

Mirad bogando en su azulado espacio de la luna a los rayos de topacio, ese tenue celaje,

(Pasa a la 3ª plana, 6ª columna)

¿RUBEN DARIO, FALSARIO LITERARIO?

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

El otro día me encontraba yo en tierras del Cotentin. Naturalmente hice un sesgo, desde Coutances hasta Saint-Sauveur-le-Vicomte, para visitar una vez más la patria de la casa natal, la tumba y el museo de Barbey d'Aureville, condestable de las Letras de Francia a fines del siglo pasado.

Estos son lugares santos de la literatura francesa. Se respira aquí el mismo aire fervoroso y lleno de sugerencias que se respira en Maille, patria de Mistral, o el que se respira en Macon, cuna y panteón de Lamartine.

Esta parte del Cotentin guarda aun el sabor de las descripciones que de ella hiciera Barbey en sus obras. Aunque exiliado en París, Barbey no dejó un solo día de adorar a su patria chica. Las mejores páginas de "L'Enfermeur" nos hacen pensar en un Walter Scott de la Mancha. Como es una provincia de geografía limitada, se recorre toda en un solo día de automóvil. Todo el escenario de "L'Enfermeur" nos lleva dos horas, de Coutances a Lessay, de la Hale-aux-Puits a Blanchelande, de Valonge a Saint-Sauveur, pasando por los eriales desiertos de Lessay, en estado romántico y un poco salvaje aun, como en la época de Barbey, y el encaje de piedras negras de la costa, bajo un cielo uniformemente plombeo, barrido por vientos fríos, y en la distancia una mancha negra que se alza sobre las aguas grises del Océano: Guernsey.

Desgraciadamente la guerra pasó por aquí como una tromba infernal. El museo de Barbey, formado en su casa natal con las reliquias del poeta, por su "última amiga", la famosa, la deliciosa, la incomparable viejecita Louise Réad (a la que conocí hace muchos años en casa de Lucien Descaves, rue de la Santé), quedó completamente destruido. Me dicen que se salvó muy poco de aquellas reliquias, entre las cuales recuerdo la cama en que murió el poeta, su mesa de trabajo, sus libros, sus plumas, sus trajes, sus manuscritos, sus corbates, sus libros preferidos, sus camisas con puños de encaje, etc. Toda la región fué escenario épico entre los tanques de Eisenhöwer y los cañones de Von Kluge. Es ya una suerte encontrar, a la sombra del viejo castillo derruido, en este cementerio de cincuenta metros cuadrados, entre una treintena de tumbas destruidas, milagrosamente intactas la tumba de Barbey y la de su hermano, el abate Barbey d'Aureville. Y claro, después de visitar ese viejísimo rincón de la tierra de Francia, todo empujado en Barbey, uno se dedica por la noche, en el cuarto del hotelito silencioso, a leer las obras del poeta, a refrescar lecturas borrosas, a recordar situaciones, emociones y sensaciones de nuestra juventud, de cuanto "leímos a Barbey..."

Y de pronto... Si, no cabe duda. Caemos sobre uno de los más famosos poemas, titulado "Le Cid". El Cid de Barbey es magnífico y se parece al samurai de José María Heredia: alto, cubierto de oro, "como una torre de fuego", dice. Los campesinos españoles que lo ven pasar en la distancia se dicen que aquel caballero empuñado y cubierto de placas en las cuales el sol brilla como un ascua, debe ser, o bien Santiago, o bien Campeador.

Il n'était qu'un portait,
du cimier aux talons,
l'or des cuirasses froissait
l'or des caparazons.

LOS POETAS YUCATECOS DEL SIGLO XIX

Por el Lic. JOSE ESQUIVEL PREN

RAMON ALDANA DEL PUERTO.

(Concluye). — La última de las odas que conocemos de él es la que lleva por nombre "El Celaje" que, como las anteriores, guarda idéntica proporción en forma y fondo; es inconfundible, y aun teniendo una ascendencia netamente clásica en las letras españolas, demuestra una profunda personalidad de poeta. Sin embargo, como dijimos al principio, en esta oda, al igual que en otras de sus composiciones de tono menor (por ejemplo, "El Rocio y la Flor", "Al Amanecer" y "La Flor del Valle"), se transparenta y se denuncia un inadecuado esfuerzo de Aldana por conservar íntegra su prosapia clásica; pero se deja adivinar a veces por el perfume a la moda del romanticismo a lo Zorrilla. Este perfume es muy vago y muy tenue; se impregnaba de él, tal vez inconscientemente, porque estaba en el aire que respiraba. Es natural que sus contemporáneos no se hayan percatado, del mismo modo que quienes aspiran con larga persistencia un perfume, van perdiendo poco a poco la potencia olfativa y acaban por no sentirlo o por pasárselo inadvertido. Es necesario que alguien venga de fuera, de lejos —y venir de fuera en el tiempo es como venir de lejos en la distancia— para que ese alguien, en plenitud de conciencia olfativa, perciba el aroma. Por eso nosotros, a casi cien años de distancia, olfateamos el perfume romántico dentro del trazo clásico de la oda "El Celaje":

Ya del sol estival el postrer rayo
se apaga entre los mares de occidente,
y en lánguido desmayo
la brisa de la tarde, tristemente
va tendiendo en el éter cristalino
que la luz moribunda ya no dora,
la gasa del crepúsculo incolora.

En tanto que el arroyo turbulento,
arrastrando sus candidas espumas
remeda el melancólico lamento
que vaga entre las brumas,
el último adiós del expirante día
al sepultarse en la tiniebla fría.

Todo en silencio duerme
bajo la luz de la eterna pupila
que en la luna magnífica cintila;
y sólo turban la creación inerte
los suspiros del céfiro atrevido
que se revuelve en la floresta hojosa,
del agorero pájaro el graznido
y del cenizillo la canción sabrosa.

Mirad bogando en su azulado espacio
de la luna a los rayos de topacio,
ese tenue celaje,

Des rubis grenadins
faisaient feu sur son casque,
mais ses yeux en faisaient
plus encore sous son masque.
Ecétera.

Rubén Dario, que amaba estos versos particularmente, les dedicó, sólo para comentarlos, un poema en "Prosas Profanas" que comienza así, como debéis recordar:

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa,
una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
Ecétera.

En este poema, según Rubén, Babieca, el caballo del Cid, desahoga del huracán guerrero y pace tranquilo, mientras el Cid se pasea a pie por un camino en donde un leproso le tiende la mano. No hay tal, como váis a ver a continuación.

Según Rubén, el Cid busca su escarcela y no encuentra limosna que dar. No hay tal, tan poco. En el poema de Barbey, el Cid busca y encuentra en su escarcela, y da la limosna al mendigo.

Il tendit noblement son aumône
du haut de son cheval cabré, comme d'un trône.

Pero hay más: según Rubén, el Cid tiende al mendigo

la desnuda limosna de su mano

porque no encuentra dinero en su escarcela. Y en la realidad del poema de Barbey, es después que el leproso recibe la limosna que el Cid desnuda su mano y la tiende al leproso que, pegando su boca, su frente, sus sienes en descomposición al guantelete de guerra de Rodrigo (porque está reconocido de que tan gran Señor sea el primero que se detenga a mirarlo),

mais il fixa longtemps le lepreux, puis soudain
il arracha son gant et lui donna la main.

Como veis, Dario falsea la intención del apretón de manos, que no es un gesto de limosna orgullosa, sino un profundo grito humano que dice que no teniendo el Cid dinero en su escarcela le dió la limosna orgullosa de su mano. Y Barbey, por el contrario, dijo que "además de la limosna" material, el Cid le dió también la mano para decirle que ambos eran de carne perecedera. Lo que es muy distinto. Lo que es casi antípoda. Y tanto peor para nosotros los rubenianos.

(Especial para el DIARIO DE YUCATAN)

copo de nieve y plata
que en la mansa laguna se retrata.

No sé lo que eres tñ, blanco celaje;
sólo sé que vapor, suspiro, beso,
cendal de virgen o ala de querube,
mi alma te sigue en tu nocturno viaje
y, por seguirte, hasta el empuje sube.

esté un chupaflores liviano.

En las flores no repara,
aunque rozando va el suelo,
abate el rápido vuelo
y en la azucena se para.
¿Por qué la tímida flor
al contacto se estremece?
¿Qué ignoto peligro es ese
que amenaza su candor?

¿Qué mundo desconocido
se abre a su bella existencia?
¿Por qué suspira en presencia
de un placer nunca sentido?

Aquel amor la consume
y su vida mira en él;
por eso le da su miel
y su divino perfume.
¿Y el ave? ¿Destino ímpio!
La abandonó sin pesar
y echóse al valle a buscar
remedio pronto a su hastío.

La azucena triste y mustia
por la vergüenza abatida
lloró la ilusión perdida,
lento su pecho de angustia.

Jamás vieste amor naclente,
del cielo precioso don,
en hombre sin corazón
pongas con delirio ardiente.

(Pasa a la 4ª plana, 3ª columna)

Evocaciones

LA REVELACION DE LA MUJER

Por el Lic. EDUARDO J. CORREA

Soy lector constante de los artículos que, con el título de "Como me lo contaron te lo cuento", publica semanalmente en un diario jalisco mi estimado amigo el Sr. Ing. José R. Benítez, tanto por la amenidad de su estilo como porque me hace recordar épocas amables y me pone en contacto con personas conocidas y algunas de ellas olvidadas. Hebdomadariamente nos brinda sabroso manjar, desempolvando viejos sucesos que para los antañones tienen el zumo de los li-cores añejos, que se catan con deleite.

En los dos últimos llegados a mi conocimiento he encontrado algo que a mi memoria ha traído curiosos recuerdos. En uno de ellos relata las dificultades surgidas entre el Coronel don Gonzalo del Valle, Jefe Político de Guadaluajara, y Francisco Manuel Aizpuru, bien conocido en Aguascalientes, donde residía bastante tiempo y vivieron algunos de sus hermanos, y más tarde famoso por anunciarse como helminólogo, proponiendo específico infantil para la extirpación de la solitaria. Familia originaria de Zacatecas y formada por el antes citado, Patricio, Alberto, Rafael, Hortensia y Elvira.

Esos nombres tuvieron el sortilegio de hacernos recordar mi primera impresión amorosa, la revelación que sentí de la mujer cuando me aproximaba al octavo aniversario de mi natalicio. Sucedió que mi padre atendía los negocios de la arquidiócesis jaliscoense, en su calidad de abogado, en el lugar de su residencia, y como se presentara alguno en Teocaltiche, Jal., y las comunicaciones con dicho lugar eran más fáciles por Aguascalientes, se le encomendó que pasara a la tierra de Don Victoriano Salado Alvarez y de Francisco de P. Alarcón a asistir a la entrega que por inventario riguroso debería hacer de la Iglesia, su cargo un sacerdote de apellido Galaviz que había tenido dificultades con el Párrroco Don José María Rodríguez.

Estaba recién fallecida mi madre —esto pasaba en el primer semestre de 1882— y mi padre tuvo

que llevarme conmigo para no dejarme en poder de la servidumbre, lo que me llenó de regocijo, pues puede decirse que se trataba de mi primer viaje, ya que el segundo había de ser a Guadaluajara, en noviembre del mismo año, en que en el firmamento lucía su enorme cauda el famoso cometa, que fué bautizado con distintos nombres. La jornada era de 18 leguas y la emprendimos a buen temprano, en un carruaje tirado por doble trono de mulas, y si al principio del viaje la novedad de lo que veía me tenía encantado, cerca del mediodía ya comencé a sentir el cansancio y las molestias del sol abrasador y del polvo asfixiante, con el deseo de arribar cuanto antes a la tierra de "los chapulines", como se apodaba a los oriundos del lugar. Interrogaba al cochero sobre la proximidad del sitio a donde íbamos, y siempre me contestaba: "ya mero, allí está tras loma"; pero veníamos uno y otro otero y Teocaltiche no aparecía.

Llegamos por fin a la ciudad y nos hospedó en su casa el Juez de la Instancia, Lic. D. Manuel Mora Ruiz, amigo y condiscípulo de mi padre, y quien ya había sido huésped nuestro en Aguascalientes, pues se profesaban gran afecto. Alabábase mi progenitor que se hubiese mantenido célibe por no separarse de su madre, ni ofreciera una niera con la que tal vez no congeniara. A la sazón estaban allí de visita también doña Luisa, hermana del referido funcionario, esposa del entonces Teniente Coronel don Gonzalo del Valle, y su hija, María Luisa, que era una gentil y hermosísima quinceañera.

Nunca había sentido con la presencia de otras mujeres la impresión de embelesamiento, de admiración, que me produjo la soberana belleza de la sobrina del Juez; me deleitaba viéndola y no quería separarme ni por un momento, naturalmente poder apreciar todavía la clase de sentimiento que me inspiraba. Andando el tiempo me di cuenta de que en ella se me

(Pasa a la 3ª plana, 5ª columna)

Escarceos literarios

DESDOBLAMIENTO DE LA PERSONALIDAD

Por el Dr. DOMINGO COUOH VAZQUEZ

Devotamente al Dr. J. Carlos Fernández McGregor

—Buenos días, compañero. Supe de su regreso a casa y me dije, para mi coeto, "entrevistaré al compañero, cuya peluca debe estar mellada por los acontecimientos quirúrgicos, de los que ahora le toco ser la "víctima", pues que debe ser muy diferente el panorama fisiológico, patético, en las áreas conscientes y subconscientes, cuando se está sobre o debajo del bisturí. Que el ángulo desde el cual vemos pasar la vida, en un instante trascendente, varía según nuestras potencias acumuladas, nuestra educación, nuestra moral, y nuestras filosofías, cuyos acervos señalan el índice de nuestra cultura y en último término de nuestra sensibilidad. ¿O no?

—Exacto, compañero—dijo el viejo cirujano despreciándose del lecho, con indolencia de convaleciente consentido—. Tengo convicción quirúrgica; subí a la mesa de operaciones con plena confianza en el cirujano de mi elección; que, como decía don Gonzalo Castañeda, "es más difícil llevar al enfermo a la mesa de operaciones que operarlo"; un notable oculista, al reñero de nuestros interiores, famas y sensiblerías, una lente que le había vuelto opaca, de uno de los ojos de mi carne mortal, que en fuerza de filtrar paisajes, bellezas y moribundos, que modelaron el sentido personal e íntimo de la Vida, se cubrió con el velo opalino de la senilidad. Una o varias canas en el ojo, que transforman la pantalla psicológica de nuestros interiores, famas y sensiblerías, nuestra serenidad, o nuestras serenidades, y nos enseñan a abrir y a usar los ojos de nuestro espíritu...

—¿Y tus hijos?

—Ah!, piedra de toque, desmiente, balanza y cristal de refracción, esta extirpación de mi cristalino opaco; que me afianzó en el aval que tengo de los nobles sentimientos de mis hijos, a los que supe ofrecer un claustro materno sublimado de virtud, y educar, con la ayuda de Dios, en un marco cristiano, limpio, ímpetu. El triunfo de mis éxitos o el éxito de mis triunfos, sin derrotas, sin claudicaciones, está en mis cinco hijos, en mis cinco tumbas, en las que dejo todos los días un poco de mí, hasta el día de la partida definitiva, desde el que quedará viviendo en ellos.

(Pasa a la 4ª plana, 5ª columna)

CONFESION

Mi religión profana es la belleza, mi liturgia y mi rito es la armonía, mi credo es el amor y en el se reza una nueva plegaria cada día.

Celebro en el altar Naturaleza holocaustos de eufimia y eufanía; la llama que se eleva: mi riqueza, el humo que se va: mi fantasía.

Ostento la ilusión por pensamiento, mi divisa tremola el sentimiento en el asta triunfal del corazón;

mi destino es el rito del que ama, mis versos son el eco del que llama al amor y a su corte religión.

SERVANDO DE LIS

Mérida, Yucatán, abril de 1951.

RAIZ

Tierra desde que el nombre no existía;
tu asomo de raíz en la tiniebla
se precisó en un árbol...

¿Y qué Ceiba
ha visto a mediodía
obscurer la sombra de las épocas?

¿A qué trashunde océanos la sonda
en busca de la Atlántida, si enhebras
en un vuelo de lindes emergidas
del mar, las Siete Piedras
que brotaron del viento?

Tláloc funde la nieve en la eminencia
del corazón vuelto hacia arriba
en cada impulso de tus cordilleras;
y en el espejo que le ciñe el brazo
Tezcatlipoca observa
las alas o los remos
con los que en tí se brega.

Para el indio los dioses nunca mueren.
Su silencio es la ofrenda
cuando en su mano el iris
tiene un arco sin flecha.

Por eso va esfumándose
la Conquista en el pulso de tus venas,
¡Patria igual a ninguna
para poner el corazón en tierral

HUMBERTO MAGALONI

Tampico, marzo de 1951.

Mientras cuido la marmita
y el gato blanco dormita,
la lluvia afuera gotea,
y el viento en la chimenea
se revuelve airado y grita....

Sobre los rojos fizonces
hierva el agua en borbotones;
y se mueve la tapa
de la marmita, se escapa
suave olor de requestones....

Miro en los brillantes leños
cómo se forman los sueños:
se encienden, brillan, se apagan,
y entre cenizas naufragan....

¡Oh, engañadores ensueños!
Yo también tejí los míos
en estos tristes bohíos
y de esta lumbré al amor....

...Secóse la planta en flor
cuando vinieron los fríos....

Mientras plañe y grita el viento,
en paz y quietud me siento
junto al fogón calcinado.
¡Cómo se oye en el tejado
el gotear suave y lento!....

Despierta el gato y suspira,
baja del fogón, se estira,
el lomo alarga y arquea,
viene hacia mí, runrunea,
y luego mis ojos mira....

¿Su mirada persistente
pregunta por el ausente?....

No sé; mas va a la ventana
y ve la extensión lejana
tristemente, tristemente....

Y yo también el camino
con ansiedad examino.
Nadie viene, nadie va....
El viento moviendo está
las ramas de aquel sabino....

Tras ver el confin lejano,
tomo la aguja en la mano,
y una tras otra puntada
queda la tela cerrada.

Después el lino devano.
Y al terminar la faena,
abro la vieja alacena,
y en ella guardo el cestillo
con la aguja y el ovillo.

Después, preparo la cena.
Ya la bruma se ennegrece....
Flotante crepón parece
que se enreda en el sabino....

Ya el solitario camino
se borra y desaparece....
La luz, confusa e incierta
cual una esperanza muerta,
se refugia en lontananza....

María Enriqueta.

(Inéditos para el DIARIO DE YUCATAN)